

Anota el investigador: "Es característico que el vocablo empleado para designar la acción de alcanzar la gloria se deriva de la raíz "Sawad", origen éste del nombre más usual de nuestro héroe en el Poema del Cid".

Se refiere a la gesta de "Los Siete Infantes de Lara" y recuerda su origen árabe, al menos en su remota motivación. Esas siete cabezas desgajadas le inspiran al personaje castellano tristes lamentaciones. En boca de un árabe se cubren de fulgores poéticos: "Oh, siete montañas, siete mares, siete leones, siete estrellas. A todos los he perdido en una sola hora, cuando bebieron de las copas de la muerte...".

Razón tiene Lufti Abdel al decir que la poesía épica castellana tiene caracteres formales e ideológicos que aparecen en las leyendas árabes. No podía ser de otro modo. Pero en ese trabajo están los hechos, las comprobaciones, posibles de ser ensanchadas, no sólo para fijar coincidencias, sino para levantar los rasgos típicos de cada pueblo.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At404-58NMVM10058>

La noche de Mougins, de ROGER VRIGNY. Editora Zig-Zag.
Santiago, 1964

Este libro ha merecido el galardón "Premio Fémima" de 1963. Su autor está considerado entre los mejores escritores franceses. Se publica ahora la primera traducción castellana de esta novela, compleja en su estructura, rica en meditaciones filosóficas, desarrollada con maestría, gracias a un delicado contrapunto de situaciones reales y de fugas por los recintos de la poesía.

Los temas de la vida y de la muerte forman una ecuación de infinitas incógnitas. El novelista francés combina la exaltación jocunda del vivir y los pormenores de un instante definitivo, personal, imposible de análisis profundo. Sin duda, la muerte es un quedarse dormido, para renacer en afanes de supervivencia.

¿Será que le advine a la vida como única y lógica culminación? ¿Cómo llegar hasta los umbrales de un morir ajeno?

Roger Vrigny, hombre de formación cartesiana, ha estudiado ese problema. Con levedad, al filo de su narración, separa los obstáculos, nos muestra el anverso y el reverso de sus personajes, los proyecta hacia los encantados reductos del recuerdo, observa sus propósitos de huida, y en la fluencia de unas horas sujeta la verdad y el engaño de unos hombres, de una noche en la que hay estrellas y aromas de laurel.

La voz narrativa retrocede y avanza, une tiempos verbales disímiles, toma a los personajes y los abandona, se precipita hacia los recuerdos, pero rebrota con énfasis, para deshacer las brumas que se ciernen sobre esa *Noche de Mougins*.

El novelista funde en su crisol estilístico la fluencia y los saltos del tiempo. Utiliza el presente habitual y el presente histórico, nos lleva a conocer unas vivencias pretéritas y de finas auscultaciones del porvenir. Y entre semejantes pilares se amarra la cuerda floja de la vida y de la muerte.

¿Qué hay debajo de nuestros pies? ¿Brillan las estrellas sobre nuestras cabezas?

Uno de los personajes, depurando sus juicios, tomándole el pulso a las evocaciones, se pregunta: "¿Quizás había inventado su historia, el paseo en Alemania con Arken, la hostería Hatzentport, la habitación de Candie, llena de sol? ¿Tal vez soy yo quien la ha imaginado? ¿Pero la muerte? ¿Cómo se puede contar la muerte? Sería necesario llegar hasta el final, y cuando se llega, nadie sabe nada?".

El pasado concede a las imágenes de la vida una cuarta dimensión. El hombre que se deja dominar por semejante engaño sucumbe o se pierde entre cendales de ilusionada torpeza.

Todos esos valores han sido vertebrados en las páginas de esta novela, cuya fábula se adelgaza y se hace subterránea en las postreras acotaciones del narrador.

"¿Esa muerte que tengo delante de mí, un día podrá verla alguien con los mismos ojos que yo?".

Podrá ser vista, en su verdad sobrecogedora, por el lector de fina curva sensitiva.

"Es una historia muy sencilla, acabo de ver morir a mi padre", dijo Vedrennes. Y se puso a refr".

Pero su risa tiene tristezas, ironía y nostalgias.

No tratemos de buscar innovaciones en esta obra francesa. Su contextura es clásica. Su técnica tiene diversos antecedentes. Tiene originalidad la penetración psicológica, el afán de abordar un tema complejo. En su médula, el hombre, dispuesto a ver su imagen reflejada en los espejos caprichosos y necesarios de la vida y de la muerte.

V. M.

Antología de Augusto d'Halmar. Selección y prólogo de ENRIQUE ESPINOZA.
Santiago, 1963

Espigando en la vasta producción de Augusto d'Halmar, que no ha sido totalmente recogida en libros, como es notorio, Enrique Espinoza acaba de publicar una *Antología* con cerca de trescientas páginas, de muy bella presentación. ¿Quién es Enrique Espinoza? Es un culto escritor argentino, avecindado en Chile hace ya muchos años, donde su fervor por las letras le ha llevado a producir antologías, como ésta, y a editar una revista, *Babel*, que terminó después de lanzar buen número de interesantes entregas. A pesar de haber vivido en Chile por años, Espinoza según nos parece ignora algunos hechos de la vida literaria nacional, como veremos en seguida.

Bajo el título *Antología de Augusto d'Halmar* se lee una especie de subtítulo que reza *El hermano errante*. De otra parte, el libro se abre con un prólogo que firma el propio Espinoza, pp. 9-28, titulado asimismo *El hermano errante*. Nos encontramos ante un grueso paralogismo. La expresión *El hermano errante* puede hallarse en *Los Diez*, la obra de Pedro Prado, donde existe una cofradía compuesta de una decena de hermanos, el herma-